

# Ábado

Revista Semanal

Primer año

MEDELLIN, 28 DE MAYO DE 1921

Número 4º



JOSE EUSTASIO RIVERA



# INGENIEROS ANTIOQUEÑOS DEL F. C. DEL CARARE



Gabriel Montoya



Antonio Villa



E. leuterio Jaramillo



Vicente Vélez



Jorge Vallejo



F. Rodriguez Moya



Quico Ruiz



Delio Mejía



Arturo Tobón



Pedro P. Montoya



Alfredo Molina



Gabriel de los Ríos



Sixto Mera



Federico Lalinde



Lucio Zuleta



Horacio Hoyos



José Arcila



DIRECTORES:  
CIRO MENDIA  
GABRIEL CANO

# SABADO

REVISTA SEMANAL

PUBLICADA POR LA  
SOCIEDAD EDITORIAL  
LITERARIA

Primer año

MEDELLIN, 28 DE MAYO DE 1921

Número 4º

## JOSE EUSTASIO RIVERA

«Usted ha debido ser escultor», le dijo un día Max Grillo, con ese enorme entusiasmo de quien es todo vibración por el arte y por la patria. Forzoso es venir en que los versos de José Eustasio Rivera justifican por completo tan generosa exclamación.

La primera impresión que dejan en el ánimo es la de pujanza. Golpes de cincel soberbios sobre el bloque que se va rindiendo, hasta mostrar, precisas e impolutas, las curvas insinuantes. ¡O metal derretido, que en el molde sabiamente fabricado, se trueca a poco en la estatua imponente!

Rivera esculpe sus sonetos. Son los de un poderoso artista descriptivo, en cuyos ojos parecen haberse muchos horizontes y en cuya alma hierve la fuerza de la raza. No hay fiera cuyas costumbres ignore, ni ave o pez que le sean desconocidos. Su paciencia en unos casos, su imaginación en otros, les han hallado maravillosos secretos.

Y ha sido un milagro de arte su revelación. Rey de las soledades, parece haber observado muchas veces desde la piragua, en el río caudaloso, esos majestuosos atardeceres saturados de melancolía, cuando las fieras apaciguadas se acercan a refrescar en el agua los hocicos sangrientos, en tanto que en los árboles umbrosos entonan su oración las aves de raros trinos y de vistosos plumajes.

Como Thoreau, Rivera ha estado tan en contacto con la naturaleza, que fácilmente se le puede ima-

ginar de visita en las cavernas terribles, dialogando bajo las ceibas con los pájaros que han hecho su nido entre las ramas, amonestando a los peces como un taumaturgo medioeval, observando cuidadosamente la piel de los reptiles.....

Y toda la inmensa tristeza de la tierra se quiebra como los rayos del sol por entre la majestad del

paisaje. El alma dulce y romántica de esta raza, tempranamente sabia, aprisionada en los sonetos de Rivera, que tienen como ninguno la amplia cabeza y la resonante cola de que habló el Maestro, aletea cual una mariposa. Ningún otro poeta se ha especializado, como éste, en retratar lo nuestro. Es el cantor robusto de los trópicos.

En otro estilo, como si tuviera dos caras su alma, Rivera se ha manifestado místico, intuitivo, sentimental, fatalista, en dramas de poderosa concepción, impregnados de ese misterio que atrae como un vicio en el teatro de Maeterlinck. Son dramas en donde el verso permite darles a los sentimientos, en lenguaje de rosas, el valor de un símbolo.

Rivera no se halla satisfecho. Sigue en su triunfal carrera tras de la conquista definitiva.

No lo ha embriagado el licor de la gloria. En su desconcertante sencillez parece preguntarse por qué el público se arroba en la contemplación de una obra que a él no le satisface todavía.....

◀◊▶

Soy un grávido río, y a la luz meridiana  
ruedo bajo los ámbitos reflejando el paisaje;  
y en el hondo murmullo de mi audaz oteaje  
se oye la voz solemne de la selva lejana.

Flota el sol entre el nimbo de mi espuma liviana;  
y peinando en los vientos el sonoro plumaje,  
en las tardes un águila triunfadora y salvaje  
vuela sobre mis tumbos encendidos de grana.

Turbio de pesadumbre, y anchuroso, y profundo,  
al pasar ante el monte que en las nubes descuelta,  
con mi trueno espumante sus contornos inunda;

y después, remansado bajo plácidas frondas,  
purífico mis aguas esperando una estrella  
que vendrá de los cielos a bogar en mis ondas.

◀◊▶

Soy un hijo del monte! Por su sitio mas fresco  
busco, siempre cantando, la sonora colmena;  
y en las grutas silentes mi garganta se llena  
de panales nectáreos y de almendras de cuesco.

Al salir de las ondas, con placer me adormezco  
sobre las hojarascas que mi perro escarmenta,  
y al través de las ramas, en mi cara morena  
pone el sol de la tarde su movible arabesco.

Inspirado en un sueño de ternuras lejanas  
acarlelo las flores; me coronó de llanas,  
y los troncos abrazo con profunda emoción;

y después, cuando a solas mi pesar reconcentro,  
busco el premio del monte, y en mi espíritu encuentro  
el retoño florido de una dulce ilusión.

José Eustasio RIVERA



## TIERRA DE PROMISION

Atropellados, por la pampa suelta,  
los raudos potros, en febril disputa,  
hacen silvar sobre la sorda ruta  
los huracanes de su crin revuelta.

Atrás dejando la llanura envuelta  
en polvo, alargan la cerviz enjuta,  
y a su carrera, retumbante y bruta  
cimbran los pindos y la palma esbelta.

Ya cuando cruzan el austral peñasco,  
vibra un relincho por las altas rocas;  
entonces paran el triunfante casco,

resoplan, roncós, ante el sol violento,  
y alzando en grupo las cabezas locas  
oyen llegar el retrasado viento.

Mágicas luces el ocaso presta  
al ventisquero de bruñida albura,  
y junto al sol, que en el cristal fulgura,  
arbola un ciervo su enramada testa.

Al yerto soplo de la cumbre enhiesta,  
arisco frunce la nariz oscura;  
y en su relieve escultural perdura  
un lampo rosa de la brava cuesta.

Súbito, en medio del granate vivo,  
infla su cuello, bramador y altivo;  
con ágil casco las neveras hiende,

¿ sobre el bloque rutilante y cano,  
como la zarza del Horeb, se enciende  
su cornamenta en el fulgor lejano.

Escueto y solo, donde el llano empieza,  
se tiende el cementerio campesino;  
en la santa penumbra el vespertino  
viento, suspira. . . . y la colmena reza.

Nadie viola su mística tristeza,  
nadie! Y en el invierno peregrino  
se dobla alguna cruz ante el camino  
y amanece llorando la maleza.

Ya de noche, unas vacas compasivas  
haciendo misteriosas rogativas,  
se echan por calentar las sepulturas;

y convirtiendo al cielo sus ojos  
ven una cruz de estrellas, cuyos brazos  
abren sobre las huérfanas llanuras.

Sereno de humildad, la tarde gasto  
en rodear el potrero y la cañada,  
y al frote desigual de la vacada  
suenan la seca amarillez del pasto.

Braman luégo las crías en el vasto  
corral, ante la puerta reforzada,  
y las vacas les tienden la mirada  
con un anhelo maternal y casto.

Ya cuando acaba de morir la lumbre,  
siente el ganado ignota pesadumbre;  
y echado en melancólica postura,

advierte que en el ápice del cerro,  
con agudos clamores un becerro  
da el toque de silencio en la llanura.

El toro padre—cuando sorda increpa  
la tempestad—con su pulmón vibrante  
avanza, ronco, hacia el confín distante  
sorbiendo vesparrones en la estepa.

Párte macollas de profunda cepa;  
reta las intemperies del Levante,  
y tras la brava nube retumbante  
los altos morros, rezogando, trepa.

Después, ante la absorta novillada,  
revolucionan el polvo en la planada;  
se envuelve en nubes de color pardusco,

y creyéndose el dios de los inviernos,  
brama, como tronando, traza brusco  
un zig-zag de centellas con los cuernos.

Embozado en la sombra se destaca  
el farallón; y la espesura inmensa,  
al borrar el crepúsculo, condensa  
un rumor perfumado de albahaca.

Algo se muere entre la fronda opaca;  
gime el paugil, la guacamaya piensa;  
lloran lánguidas voces, y en la densa  
quietud, boga un lucero en la resaca.

Rendido ante el dolor de la penumbra,  
mi sér, que es una luz, se apesadumbra;  
después, con los murientes horizontes,

me voy desvaneciendo, me evaporo. . . . .  
y mi espíritu vaga por los montes  
como una gran luciérnaga de oro.

José Eustasio RIVERA





Srta. ELISA BOTERO MEJÍA



Srta. RAQUEL ESCOBAR VELÁSQUEZ

## JOSE ASUNCION SILVA

(\*) Nacido en un medio elegante, con doble atavismo aristocrático; favorecido por la naturaleza con los dones de la belleza varonil, realizada por él con exquisito esmero de *dandy*; con una fuerza rara de asimilación intelectual, y sed inaplacable de sabiduría, desde los bancos del colegio; viajero aprovechado por los centros más cultos de Europa; lector incansable en varias lenguas y de múltiples materias; analizador sutil de cosas y almas; soñador y aventurero; paradójal maridaje de energía y veleidad; orgulloso, bello, sabio, escéptico y sereno, José Asunción Silva, si no era el hombre maduro para Goethe, si lo hubiese estado para acompañar a Pío Cid en la Conquista del



SILVA MUERTO

(24 de mayo de 1896)

Reino de Maya. Su psicología no era una mezcla de sentimentalismo e indecisión juvenil: ese yo, para usar la expresión de Tolstoy, «era un hermoso animal sano y robusto».

Como todos nuestros hombres de fuerte individualidad, al medio en que nació y actuó lo más de su vida, a su propia tierra, no debió las grandes cualidades características de su mentalidad. Mucho si el terruño nativo pudo ofrecerle otra cosa que «el escenario y los bastidores». Silva fue siempre un desadaptado y, como tal, reaccionario. Su rebeldía recorrió todas las formas, y la sociedad, que no logró comprenderle, llegó, si mucho, a tolerarle, pero jamás a amarle. Algo heredó, sin duda, de sus antepasados, de su voluntad férrea, de su predilección por la opulencia. Lo demás debe

(\*) De un artículo publicado por Guillermo Valencia con el seudónimo de Juan Lanus (1909).



rastrarse fuera, en el alma complicada del moderno europeo, en el descontento universal, en las orientaciones novísimas, en el proceso intelectual del mundo. Su constante actitud paradójica era una apuesta perpetua contra la rutina. A haber tenido poder para tanto, habría intentado Silva, como disciplina a su dialéctica invencible, catequizar a Don Quijote para banquero neoyorquino, y al positivista Robinson—el Quijote anglosajón—para paladín de desdichados.

Acosábase a veces la invasora «canallería moderna», y entonces era el refugiarse a aquellos áureos tiempos del individualismo feroz. Allí estaba su zona; los príncipes hazañosos y violentos del Renacimiento italiano eran sus héroes. Ese refinado se asfixiaba con las lentas tramitaciones comerciales, por entre cuyas tablas de guarismos asecha la riqueza, semejante a una araña. Sólo el siglo XV había conocido el secreto de la piedra mirífica: Ludovico el Moro, María Galeas Sforza, Hércules I, César Borgia: hé ahí los afortunados que no vieron a Lutero adivinando el enigma del Esfinge que velaba el tesoro de los paganos. ¡Cómo hubiese saboreado Silva los epigramas latinos de Sanázaro!

El único dibujo que conocemos de su mano es el retrato de un extraño personaje: ¿un conquistador en viaje a Indias o un *conductiere*? Quizá esto!

Ese amor enfermizo de lo artificial, que informa a Beaudelaire, fue para Silva, en la vida real, fuente de constante desazón y de pesquisa insaciable y diligente; guardaba su bodega desde el aguardiente de la Selva Negra hasta el costosísimo Tokay, y qué contaría si hubiera sido para el munífico señor no poder ofrecer a la alta dama que frecuentaba su salón el último perfume que consagró París!

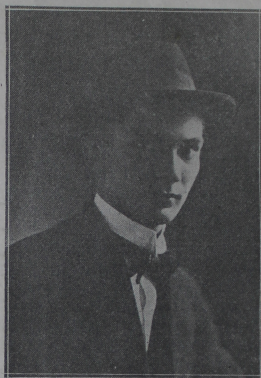
Todo respiraba en él distinción y rareza; tenía del Des Esseintes de Huysmans y del Dorian Gray de Oscar Wilde; del señor de Phocas de Jean Lorrain y del infatigable creador Pío Cid de Angel Ganivet. Y esa movilidad espiritual era caal un reflejo de la anarquía de los instintos traducida a la línea de conducta habitual por caprichosas ondulaciones morales.

Mal podría exigirse de quien sólo escribió para ejercicio de una función interior (la eliminación), la unidad, que tantas veces ha sido proclamada elemento necesario de la belleza artística a pesar del caso adverso del *Fausto* de Lenau. Silva, como Wilde, puso genio en su vida, y a escribir consagró sólo talento. La mayor parte de su obra se hundió con *L'Amérique*; disolvióse el resto en el olvido con las sonoras espirales de su hablar intenso y moroso, o agoniza en la edición barcelonesa, incongruente, fragmentario, mutilado.

La movilidad psicológica hija de su temperamento impresionista, sugirióle los más variados temas sobre este solo motivo, cifra y compendio de filosofía nihilista, de que hizo él la empresa de su escudo: *Nada de nada*. En el sentido de la tristeza, sus cantos sólo son «las sombras que proyectan las cosas cuando cae sobre ellas el sol del conocimiento». Para Silva, como para Zaratustra, «hasta el simple ver fue mirar abismos» y el espectáculo del Universo, la serena contemplación de un inmenso desastre. Su fin no se concilia con la tranquilidad de su escepticismo

satisfecho y burlón. Pertenecía al grupo innumerable que ha acogido serenamente y sin sorpresa la fórmula de Taine: *nous arriverons à la vérité, pas au calme*. El desenlace violento de su vida se explicaría mejor, no como síntoma de insania—a pesar de manía suicida ancestral, invocable—sino como reacción incontinente del órgulo amenazado por humillación inminente: Anfbal, envenenándose por no dejarse uncir al carro triunfal de su enemigo implacable, o un Des Esseintes que, ante la perspectiva de la miseria abyecta que envilece, optase fríamente por la eutanasia libertadora.

## LA GENTE NUEVA



DOCTOR HORACIO BOTERO ISAZA  
Recientemente titulado en Derecho y Ciencias Políticas.

## OJOS

En el Album de doña  
Margarita Melguizo E.

Ojos hay soñadores y profundos  
que nos abren lejanas perspectivas,  
ojos cuyas miradas pensativas  
nos llevan a otros cielos y a otros mundos.

Ojos, como el pesar, medítabundos,  
en cuyo fondo gris vagan esquivas  
bandadas de ilusiones fugitivas  
como en el mar alciones errabundos.

Ojos hay que las penas embellecen  
y dan el filtro de celeste olvido  
a los que al peso de su cruz fallecen;

Ojos tan dulces como el bien que ha sido,  
y que en su eterna vaguedad, parecen  
astros salvados del Edén perdido.

Antonio GOMEZ RESTREPO

Inédito.



## VISITAS DE "SABADO" EN EL TEATRO BOLIVAR

Como la mayor parte de las fachadas construídas en la población en los últimos tres o cuatro años, la fachada del Teatro Bolívar es de gusto muy discutible... y muy discutido, aunque las polémicas jamás se han librado por la prensa. A muchos he oído hacerse lenguas del frontispicio ese, y conozco otros, en cambio, que no le reconocen mayor mérito. Unos y otros exageran, sin duda. Yo diría, si a mi humildísimo juicio no se le atribuyeran ridículas pretensiones arquitectónicas, que, por fuera, el Teatro Bolívar, aunque de líneas correctas y un tanto severas, ofrece la monotonía de todos los frontispicios grises y *hermosos* —modernos no más, en realidad— que hemos dado en poner a nuestras casas por mero espíritu de copia y por aprovechar los grabados que nos llegan en los catálogos yanquis; y diría también que ese frontispicio vale mucho por la cal y el cemento y la arena, y que no tanto por los dolores de cabeza que costó al arquitecto, lo cual no insinúa siquiera que carezcan de precio los tres mascarones o muñecos que se hacen ostensibles en la parte superior: con alguna curiosidad era preciso reemplazar, bien que en lugar muy otro, aquella frase de «Aquí del vicio con la ajena afrenta, el ánimo del joven escarmienta», de ingenuidad pueblerina, que lucía frente al espectador en el viejo Coliseo. No deja de ser curioso, en efecto, que para desentrañar qué encarnan tales símbolos se haga preciso apelar a las letras que al pie de cada uno van con gruesos lomos de cemento: POESÍA, ARTE, MÚSICA. Ni más ni menos el cuento del muchacho que dibujó un hombre y tuvo que escribir HOMBRE al pie, para que no se fuera a tomar por una escoba.

Todo esto pensaba yo esa tarde que me planté frente al Teatro, en la calle y al sol, en espera del Gerente. La culpa de tan extravagantes pensamientos la tenía sin duda el maldito calor, que ese día llevaba a todos malhumorados y sudorosos.

La tenía sin duda, porque poco después, ya a la sombra y cuando, al fin, llegó don Enrique Hernández, me decía yo que, a pesar de todo, la población

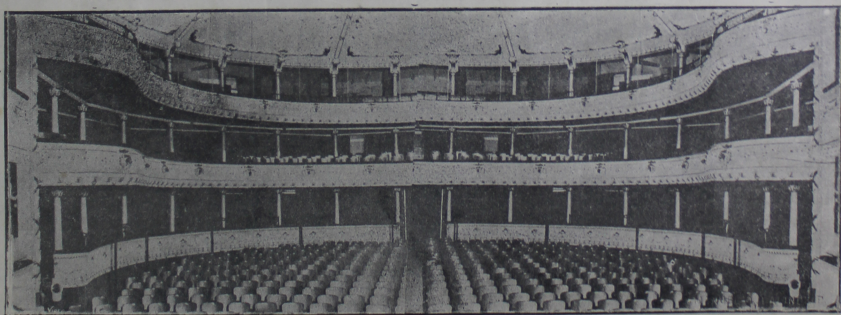


TEATRO BOLIVAR.—FACHADA

había dado un paso largo del antiguo Coliseo al Teatro de hoy.

Don Enrique me llevó al cuartito de la Gerencia, caluroso, estrecho, incómodo. Ni él es gran hablador, ni yo tenía en esos momentos ganas de preguntar. Hubo, pues, una pausa.

—¡Juh!... —gaturó por fin él.



VISTA GENERAL DE LA SALA





La Compañía Guerrero-Díaz de Mendoza en las tablas del Teatro Bolívar.

Y yo:

—Juh! . . .

Sacámos los pañuelos.

—Qué calor!

—Valiente calor!

La visita no empezaba con trazas de durar mucho.

—Ni más ni menos que el Colón de Bogotá—habló de pronto don Enrique, como si prosiiguiera una conversación.

—¿Cómo!

—Sí; igual en capacidad.

—Ah! ya. Igual en capacidad. . . .

—Trescientas ochenta plateas, treinta y dos palcos de a seis puestos, doscientas dos butacas de balcón, ciento cuarenta y cuatro asientos de galería numerados, doscientos sesenta puestos de galería sin numerar, y hasta cien personas en *promenoir* . . .

—Por todo, mil doscientas setenta y ocho entradas.

—Que no es poco, como usted ve. Doña María Guerrero me decía que el Bolívar es uno de los teatros más cómodos y mejores de Colombia. El Colón de Bogotá, por supuesto, es más hermoso, pero tiene la misma capacidad y es muy inferior en la acústica. En el Bolívar, como usted habrá observado, se oye bien de todas partes.

—Pero de algunas se ve mal.

—Rematadamente mal.

—Qué comodidades ofrece el Teatro a los artistas?

—En la actualidad sólo tiene catorce camerinos, pero ellos se los reparten como mejor pueden, y bastan.

—De cuántos bombillos se compone el servicio eléctrico?

—El alumbrado permanente del Teatro es bueno y suficiente para la sala. El servicio eléctrico de la escena no es malo y, además, se le están introduciendo importantes mejoras.

—Cuánto cobra la Empresa por arrendamiento del Teatro?

—El quince por ciento sobre el producto bruto de cada función, cuando el mayor valor de la entrada

no pasa de dos pesos. Si excede de ahí, el arreglo es convencional.

—Puede el Teatro constituirse en empresario?

—Sí, desde hace poco. De este modo, el Teatro no tiene ya que resignarse forzosamente a que las Compañías lo soliciten, y usted entiende que así gana mucho el Medellín aficionado a los espectáculos.

—Recuerda usted los nombres de los principales artis-

tas que han trabajado en el Teatro?

—Si no estoy mal, trabajó en primer término el violinista Dalmau; vino luego el violinista Lo Priore, en unión de la Gabbi; después la Compañía Salas-Cid; en seguida la Compañía Delgado Caro; y por último, don Fernando Díaz de Mendoza y su mujer doña María Guerrero, con la Compañía más completa que hayamos visto en los últimos años.

No habló más con el señor Hernández.

Acompañeme ahora el lector a dar una vuelta por el Teatro.

Empecemos por el telón, que sólo tiene de importante el tamaño. Ni el colorido, ni el tema, ni los trazos revelan maestría, ni vale él, en conjunto, la pena de verlo todas las noches. Podría decirse que los telones de boca están en desuso; eso es verdad, pero nadie será osado a negar su grandeza artística al telón de boca del Teatro Colón, por ejemplo.

Oyeme ahora, amigo. Tú has salido de casa precipitadamente, porque va a empezar la función, y has olvidado satisfacer una necesidad indispensable. Aquí tampoco puedes llenarla, porque no parece sino que sólo se hubiera pensado en darle la mayor capacidad al Teatro, olvidando las más triviales comodidades. ¿Qué haces tú, entonces? ¿Me censurarás, pues, si reclamo enérgicamente que se atienda mejor al público?

Subamos al *Foyer*. No es salón de baile, y sin embargo, está y ha estado siempre escueto, como si lo fuera. ¿No te agradaría más una serie de mesillas y asientos dónde sorber helados, dónde beber brandy, dónde charlar un rato y hacer comentarios?

Volvamos a la sala. Cómodos los asientos ¿verdad? Pero cuidado, que si no te frunces no entras por ese pasillo. Ni te estires mucho en este palco, porque te vas a romper la cabeza. ¡Cómo! ¿Estás bien en la galería? Eres un acróbata, muchacho; ¡eres un mico!

Miremos los dos, desde aquí, el conjunto. No me digas que la roseta del techo es para una sala tres veces mayor; puede que los ojos te engañen. ¿Cómo ves los antepechos de los palcos? ¿Pesados, recarga-



dos de adornos? Tal vez tengas razón. ¿Cómo si fueran a caerse? No, exageras.

Qué calor! ¿Tienes sed? Bébe agua. ¿No hay dónde?

Salgamos.

Qué opinas ahora? Te haces lenguas? Niegas todo mérito?

Tienes razón. El Teatro es digno de nosotros.

Luis Emiro MEJIA

## BELLEZA TRISTE

¿Cómo es de triste tu belleza! Tienes sombras de muerte en las ojeras. Lagos en los ojos románticos y vagos, y palidez de lirios en las sienes.

Tu voz, siempre alicativa, me recuerda el dolor de una música nocturna . . . ¿Es de tu corazón la última cuerda o la voz de tu alma taciturna?

Tristeza de tus besos . . . Se diría que al besar, ¡oh, mi lirica! te mueres: saben a flores de melancolía y sueñan a lejanos misereres.

¡Oh, tus cabellos dulces! Veo en ellos, cuando los sueltas, un sombrío cauce, y si el viento los besa, los cabellos solemnes y románticos de un sauce.

Pero de tus bellezas no hay ninguna más triste que tus manos tristes, suaves . . . Rosas de luna son. Y tú lo sabes: ¡no hay belleza más triste que la tuya!

Te amo por el dolor de tu belleza ¡oh, mi rosa de lágrimas! Tú eres en el Arte, en la Vida, en la Tristeza, la más triste entre todas las mujeres.

Yo no sé qué te apena. Que soy tuyo te lo dicen mi amor y mi esperanza. Tuya es mi fe, mi juventud, mi orgullo, y sin tí nada mi ilusión alcanza.

Tú pasas por lo amargo de mi senda como un rayo de sol por una ruina . . . Hablas, y haces que mi amor se encienda, lloras, y eres paloma y golondrina . . .

Por tí vivo no más. Cuando me miras motivos de dolor sólo me dejas: se entristece mi alma si suspiras, y suspira mi alma si te quejas.

Ríe ¡oh, mi triste! que el amor convierte hasta la noche en cristalina aurora. Quien ama y es amado, es sabio y fuerte, y qué más gloria que el amor, señora?

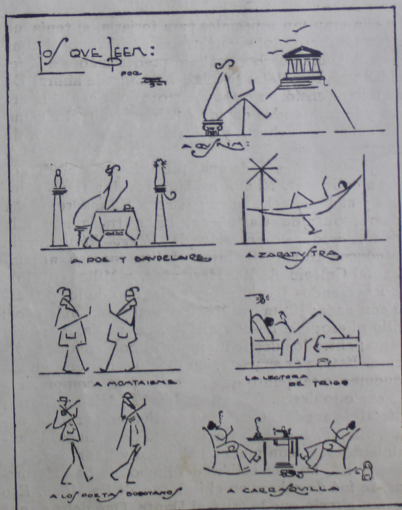
¿Te ríes? . . . Ríe tú! . . . Ríete! . . . Bástala! . . . No rías más que nunca así ríste . . . ¿Cómo es de triste tu belleza! . . . Hasta tu alegre risa me parece triste . . .

CIRO MENDIA

Inédito



SRTA. MAGOLA FERRER DEL VALLE



APUNTE COMICO. POR PEPE MEJIA



## LOS CUENTOS DE "SABADO" ESTA SI ES BOLA

Primas y amigas:

Aquí va el episodio que os prometi. Aunque mal farfullado, quiero que lo leáis con el mismo gusto con que os lo dedico.

A Lili y Magdalena Moreno.

Hace trompas, recoge la vista, ladea la cara, como para poner, con mayor eficacia, todos sus sentidos y potencias en aquel trabajo tan delicado e importante. Con qué asiduidad y entusiasmo lo ejecuta. ¡Tan! ¡Tan! aquí. ¡Tan! ¡Tan! allá; y el martillo diminuto suena sobre la bola, cual si golpease en una bigornia de ángeles herreros. ¡Tan! ¡Tan! Y aquello no se acaba. Sonaba como plata. ¡Lo mismo enteramente! Y, a medida que el martillo cae, se va bruñendo la argentada superficie. «¡Qué maravilla!» Ni hacia dentro, ni hacia afuera, ni en parte alguna, se desvirtúa una línea aquella esfera prodigiosa; ni una arruguilla la afea; ni un granulillo interrumpe su tersura. Eso se llamaba redondez hasta en el cielo. Eso era un milagro del amor. ¿Qué bola podía competir con la suya? Y se embarga en esa su obra genial, que, con la gloria artística y la moda y la celebridad, ha de traerle todas las venturas. ¿Qué labor más bella y meritoria? ¡Y qué raro, qué misterioso, labrarse uno mismo la propia felicidad! Suspira, siente hormigueos, divaga en mil ensueños, en que actúa siempre ese Javíer de su alma. Si su bola iba saliendo acabada, si él y ella eran tan especiales para forjarla, si tenía un origen tan hermoso, si encerraba algo como el alma de los dos, era porque estaban predestinados a la felicidad más completa. ¿No la sentían desde ahora? Da una mirada en torno de su cuarto: aquí y acullá la animan y le sonríen los cupidos. ¡Ah queriditos! El nudo del amor, del arte y del trabajo la acometen de consuno.

Julita es un sér de una tontería y de una ignorancia deliciosas. Ni aun los años revela: tiene veintidós y nadie le echa diez y siete. Su madre, doña Ilduara, viuda de Castañeda, se ha trasladado a la ciudad, desde su posesión de *Barro-Blanco*, a fin de educar su par de hijos. Julita ingresó al punto en el Colegio de las Hermanas, y Millo en el de los Reverendos Jesuítas, pero ninguno de los dos salió con nada: Julita sabría leer mal y escribir peor; Millo ni eso; ella despuntaba por la moda, él por la juerga; entre los dos le merman el bolsico a doña Ilduara. Esta, por su parte, no deja de meterse en sus honduras, a tal punto que no ha podido comprar casa, como lo desea. Castañeda les ha dejado tierras, cafetal y ganados. Con esto se tienen por millonarios. Eladio, hermano y apoderado de la viuda, le administra todo, con mucha habilidad y honradez.

Julita, no bien salida del limbo de Las Hermanas, se fué de cabeza en el infierno de La Moda. Eso era un círculo que le faltó al Dante. Qué delirio, qué sed insaciable de trapos y perendengues, de embelecios y combinaciones.

Sus amigas, las Naudines, unas vecinas un tanto pobretonas, que ya han doblado el Cabo de Buena Esperanza, no le pierden rípió. Para mejor afianzar esa amistad nunca desmentida, le pusieron, desde los primeros revuelos, el mote de *Vitrina*, y por el mote la llaman en la ciudad. Ellas, que conocen los Castañedas, desde su arribo a la Corte, cuentan y no acaban de sus campañas iniciales; de los estilos y dicharachos de doña Ilduara; de los esperpentos de santos y de ropajes, que trajeron de *Barro-Blanco*; de aquellas tazas de caldo de gallina, con tres presas, con que obsequiaban las visitas... y de los diablos coronados. Ellas describen las transformaciones de Ilduarita, desde el pañolón hasta el sombrero, desde el cacao hasta el té; ellas describen las perrierías de Millo, cual si las hubiesen presenciado; ellas, los coqueteos y descoques de *Vitrina*, «con cualquier mugre». ¡Qué chispa la de las niñas Naudines! Con sus plácemes y sugestiones han acabado de empeorar a la ingenua; con sus vicencias de historiadores vaticinan la próxima ruina de la señora.

Es lo peor que Eladio opina con las Naudines: cada carta es un sermón, cada venida una conferencia. ¿Pero qué va a hacer la pobrecita? «Yo no les puedo pereciar a los retoños de Castañeda», es su caballo de batalla, y del caballo no la bajan ni a cañonazos.

A estas y las otras, viene el alza del café, viene el alza del ganado, viene el alza de todo, viene el vértigo. Las pulgas se convierten en mastodontes, los cascajos en diamantes de Golconda. Ante aquel espectáculo y aquellos horizontes, *Las mil y una Noches* fueran una Trapa. Doña Ilduara, que naciera ilusa, desde los pies a la coronilla, se sintió archipotentada. «Es que con San Cayetano son bobadas» — es su muletilla. — «Si Castañeda me lo decía cada rato: Vea, hija; tenemos de vicio para darnos gusto y levantar los retoños». Y a Castañeda le salía todo.

Y los retoños lo entenderían, entonces, más que nunca. ¿Cómo nó? Millo no sale de las cantinas, y por más que compró caballo, no prescinde una noche de los autos. *Vitrina* recorre los almacenes de modas y novedades, y vengan las galas y vengan los estuches y vengan las pajaritas de los cielos. Doña Ilduara compra pianola, y como la música exalta los sentimientos religiosos, se va con sus retoños al Congreso Mariano, de inmortal memoria. Peregrina tres meses y jöh, premio patente de la Chincal viene retocada. Trae unos abrigos historiados, pieles muy peludas, gorro eslavo de plumaje enhiesto, y la faz velada. De tal guisa debuta en las misas; trasiega por los andenes; se muestra en los paseos al resistero del medio día. Trae, otrosí, varios trastos de plata amartillada, montones de cestos y hermosos regalos para las Naudines. Ellas, en retorno de sus finezas, le levantan el alarmante testimonio de que aspira a reponer a Castañeda; riegan la especie por todas partes y lanzan el candidato: es un viudo de alta estirpe, medio arruinado y no muy sano; es un caso del eterno cambio



de nombre por dinero. Tiempo era de negociaciones de toda especie.

Millo torna hartó más alhaja, con muchos flujes, algunos alifafes y más bizco y más barroso de lo que partiera. *Vitrina* ¡no se diga! Después de lucir las oscuridades del traje bogotano, recae más impetuosa en las delicias del colorín, en el ingenio de las combinaciones, y en el recargo del colgandejo. Es una ave de los trópicos que deslumbra y cabrilla.

Luce buen plantaje, mejor pantorrilla; sus ojos garzos, elocuentes, fulguran, henchidos de promesas, entre las cejas oscuras y las ojeras pintadas. Apeles y *El Nopo* desvanecen por su carita pizpireta, nieves y carmines, en heroicas pinceladas. Las perlas, un tanto occidentales, de su boca, están engastadas en oro.

Es por estos días el último grito de la Moda y gran firma en los almacenes de esta autócrata, a quien no derrocan guerras ni anarquismos. La Moda es su religión, y a su rito se ajusta con la escrupulosidad de un observante. Con la práctica crece el fanatismo; y cuanto la Moda vaya derrocando, así sea la Sábana Santa, es para *Vitrina* una herejía afrentosa que le inspira horror al par que lástima. Las Naudines, con sus careos y elogios desmedidos, son las Kempis que le acendran la piedad; y, en premio de labor tan edificante, El Señor las recompensa con los desechos de *Vitrina*, que ellas transfiguran con sus gracias, bien así como el catolicismo a los que fueron templos de los falsos dioses.

Con su celebridad le ha salido un novio, tan en boga como ella misma: nada menos que Honorio Sangrabota, que acaba de llegar de un largo viaje por Europa y Suramérica. Su prestigio es irresistible, su elegancia filosófica: lleva sobre botines impermeables en verano y cuello a lo Byron en invierno.

Este amor y los dineros que le suponen la han trepado hasta el remate del cogollito: ha salido en letras de molde, en varias listas de invitados a fiestas de altísimo coturno. Doña Ildua (ya con todo y apócope distinguido) se planta, muy gallarda, en su puesto de gran señora. Por trascendente futurismo, gasta, como tantos, las enormes ganancias que infaliblemente han de venirle. No le valen las epístolas de Eladio ni las reticencias de las Naudines.

No en todo festín de Babilonia ha de surgir siempre el letrero fatídico: aquella viceversa cae como un rayo, entre las embriagueces de la orgía. El ensueño se torna en pesadilla, la seguridad en pánico, en miserere los himnos de victoria; y esta realidad que llaman *La Pavorosa*, se va desenroscando apocalíptica y formidable. Cúbrese el horizonte de negruras, se oyen los alaridos de Jeremías, y aquellas torres, que desafiaban el azul, se estremecen en sus cimientos.

Eladio vuela desde la finca; mas la cosa es tan enorme, tan inopinada, que a doña Ildua no le cabe en la cabeza. El indica, como único remedio, el regreso inmediato a *Barro-Blanco*; a ella le parece que su hermano está loco de remate.

¿Volver ella a ese monte, con sus hijos, después de escalar la cumbre y de clavar su bandera? El solo pensarlo es blasfemia, es absurdo! Todo eran alarmas infundadas y pobreterías de montañero. Aquello calmaría pronto. Eladio la amenaza con devolverle el

poder, para que ella administre todo y haga el milagro. Ella emprende el llanto y él se vuelve furioso, sin quedar en nada.

¡Salirle ahora con esas, ese zoquete, a ella que iba a dar tantos téos bailables!...

Al verse sola, corre a su paño de lágrimas, al mamarrachito borroso de mi padre San Cayetano. No velas, ni misa, en su día; altar, en El Sufragio, con todo efigie envigadeña, si endereza el entuerto. Y se guarda el secreto. ¿A qué molestar con los aspavientos de Eladio, a los retoños de Castañeda? Con heroísmo de elegante, se compone, se adoba y sale a «visitas de la aristocracia». En todas oye el lamento; en todas, tristes auspicios. Siente amargor en la boca, siente angustia en el estómago; pero no larga prenda. Julita sigue en sus créditos y Millo en sus regocijos: ni él ni ella se dan cuenta de nada, oigan lo que oyeren.

Sangrabota, el radiante, rompe con Julita por cualquier pretexto. Berrinchín agudo en madre e hija; pero a rey muerto, rey puesto. Hace días que la sigue y la flecha un estudiantón caucano, muy entrado y arrogante. Por más que la ha visto pelando la pava, no deja de pasarle, de vez en cuando. En el momento de la rabieta se le antoja su hombre, se le reviste con los encantos de uno como su salvador providencial. No pena mucho la hermosa: a poco más le pasa, tan flechador como nunca; y Julita le planta muy en firme. No es ningún tímido el galán este: a las primeras de cambio se le aboca a esa ventana que tiene novio cebado. Luégo al punto resulta que mutuamente se han soñado, que se conocían sin conocerse, que han venido a este mundo el uno para el otro. Javier Vallecilla, que tal se llama el marchante, termina estudios de Ingeniería y recibe la herencia materna, el año próximo venidero. Ni que Dios se lo hubiese mandado expresamente: ¡es la pesca milagrosa! Ríese la amada de todos los novios que ña tenido, el ingente Sangrabota inclusive.

Pasan días, *La Pavorosa* va haciendo de las suyas, pero Julita sigue en sus créditos y en el supremo sacerdocio de la Moda. Viene, a esas, la muy gentil y decidora de los cupidos desalados; y Vallecilla, elegantísimo de fuste, le regala unos cuantos y a ella le fian otros tantos. No tuvo el hijo de Afrodita, en sus glorias helénicas, un templo con más imágenes que el cuarto de Julia Castañeda. Los hay de todos tamaños y actitudes, por anaqueles, repisas, y tocador; cuáles con faldellines en paraguas, cuáles en pelota, éstos con gorro, aquéllos con diadema, y todos muy cabezones, con esos ojazos tan expresivos y picarones. «Qué maravilla», exclaman las Naudines a cada vista.

Con la de los cupidos coincide esta actualísima elegancia, este rito glorificante de *La Bola de la Felicidad*, que trae a tantas chicas fascinadas. No bien llega a esta capital en bancarracha, Javier y Julia se embelean a un mismo tiempo, por mutua transmisión de pensamiento.

Este fenómeno del amor los entusiasma más, si es posible. Pero no ha de ser una bola así, sin alma, como tantas que por ahí se estilan: ha de ser «una bola sublime», con toda la andrómida y los tiquismiquis que se le han ocurrido al inventor de Vallecilla.



Como lo piensan lo hacen. Una tarde se aparece el pretendiente, con las dos argollitas de ilusión; se las ponen, las cambian, las besan, las juntan; y él, con esos dedazos de gañán, las dobla, las encarruja, las reduce. Ella acaba de repulirlas; los dos besan aquella píldora del amor, y el envoltorio se inicia. Es condición, *sine qua non*, que él solo, él solito, ha de suministrar los materiales. Ningún profano debe intervenir en esta obra que, para ellos solos, van a labrarse ellos mismos. Ciertos días tendrá él la bola; mas, de ordinario, ella será la guardiana del tesoro. Desde los primeros papelorios trae el martillito venturoso y, a cada tarde, la cartera repleta de estas hojitas argentadas, que la felicidad ha elegido, para que la edifiquen. Previo examen del crecimiento y cálculo del peso, pone él siempre la primera capa y ella se reserva las restantes. Y, como el proveedor lo entiende, Julita trabaja a toda hora. Tanto, que ha descuidado compras, combinaciones y estrenos. La bola crece y relumbra que es una bendición.

Tomás CARRASQUILLA

(Seguirá en el próximo número).

## FEMENINAS

### SUTILES

Y sucedió que un día, como a ña le hablan de Balsora, de Bagdad, y de las maravillas del Oriente, en mi alma se hizo fuerza el anhelo, mis inquietudes fueron frenéticas y mis ambiciones no tuvieron límites. De entonces acá, héme embebido contemplando la magnificencia de la luna.

Y yo, yo que nunca había cultivado una rosa; yo que jamás me había entretenido en dibujar una alondra, ni había escrito una letra, ni esculpido un nombre, de entonces acá héme hermanado con, la Flora y la Fauna.....

Y todas estas cosas, estas célicas cosas, hoy que he querido darme un resumen perfectamente claro de ellas, las he reunido con solícito esmero en mi corazón, y, sugestionada de que eran mi mejor oráculo, las he dicho: «Bueno, amigas, y qué queréis decir vosotras en mi sér interior?» A lo cual, no contestaron nada.

Minutos después....yo hacía un Verso....

FATIMA



## A TRAVES DE LA MODA

Los varios modelos que vemos aparecer en los figurines, nos enseñan la variedad en los sombreros.

No a todas las fisonomías les sienta bien los sombreros con el ala graciosamente levantada. Los hay también con pequeños levantes caprichosos, y la dama refinada sabrá, al probárselos, adoptar el que mejor le sienta. Así, un sombrero de paja recogido y con la copa cubierta de flores, es de un gusto delicioso; requiere, eso sí, una cara plétora de vida.

La mujer elegante se sabe colocar el sombrero a maravilla. Hemos visto en modelos parisienses, cómo lo sientan admirablemente a la mujer sombreros

que no son ni bonitos siquiera; pero tiene ella un modo especial de hundírselos hasta taparse casi por completo medio lado de la frente y parte del ojo. Así, las bellas llamarán más la atención del curioso que quiere adivinar el lindo rostro medio tapado. A la mujer alta le sientan a maravilla toda variedad de sombreros; no así a las de baja estatura, para las cuales es preferible el gorro o sombrero pequeño.

En cuanto a peinados, es tanta la sencillez y elegancia de éstos, que sólo se reducen a unos cuantos descuidos que adornen a la par que rejuvenezcan el rostro. La moda nos ha traído últimamente los peinados un poco bajos anudando los cabellos atrás y dejando unas ondas que caigan ligeramente sobre la frente. Por fortuna la raya de medio lado le da a todo peinado un gusto delicado y cierto mohín de gracia.

Es de rigor el peinado alto para el teatro; éste da más elegancia y realce a la belleza. Ojalá evitaran la raya de la mitad y el peinado muy bajo en las fiestas de luz artificial, porque este peinado tiene la desventaja de hacer aparecer a la dama que lo lleva, con unas cuantas primavera más, cosa desagradabilísima para nosotras.

MAGOLA

Originales para SABADO

## INFANTILES

### VIAJES EN AEROPLANO

Un centavo nada más, la sola cantidad que, según costumbre cotidiana, le diera su padre para golosinas, hubo de pagar Fernando como valor de su pasaje a bordo del Aeroplano-Duende. Se desprendió de su caudal con la misma sencillez de un nabab, para cumplir el loco anhelo del corazón que le impelía a viajar entre Cielo y Tierra en una Nave-Escuela, surcadora de arcanos misteriosos, por rumbos desconocidos; de ser llevado sobre los vientos y las nubes, muy alto de las miserias del suelo.

Puesto en movimiento el aparato, mediante la segura mano del mecánico, Fernando no tuvo el vago temor de una catástrofe, ni en su cabeza se dejó sentir el mareo penoso de la suspensión en el vacío. Firme y confiado, su espíritu adquiría la sensación ideal de lo inmenso en la gigantesca percepción de su yo pleno.

Con la mayor naturalidad, cual si se tratase de una excursión en tren, entretúvose en mirar, al través de los vidrios que guardaban la cabina, cómo el suelo se hundía en una planicie azulada, como si fuera a precipitarse en horrenda sima, empujando los objetos hasta ponerlos a ras. Y adquirió la realidad de las anfractuosidades de la cordillera, que antes le parecieran suaves y tersas, bruidas de un esmeril azulado.

Miró hacia el Valle, donde el Río del Aburrá se abre camino entre las sierras abruptas, como una fuente de electro-plata que baja desde el alto de San Miguel, rodea amoroso a Caldas, ruge bravo cuando «El Ancón» le opone el macizo de sus rocas graníticas, se torna manso y pródigo en «Sabaneta», fecundando los bosques de bananos, corre indiferente por



los terrenos rojizos de «Aguacatala» y «El Poblado», para entrar luego, hecho un Padre y Señor, a la noble Villa fundada en honor del Conde de Medellín.

Y comprendió entonces Fernando de qué manera había de hacer sus cursos en aquella Escuela, y supo bien de los días perdidos, soñolientos y deprimentes, cuando el viejo maestro quería llenarle la cabeza con definiciones y lugares comunes en el estrecho ambiente de un salón-cueva.

—¿Conocerá Ud. muy bien su país?—interrogó al piloto.

—Oh, sí, demasiado—díjole el sereno aviador,



HECTOR RESTREPO RESTREPO

que tantas veces había apreciado, en la oscuridad de la noche y a 2.000 metros de altura, el lugar preciso por donde su nave volara.—¿Por qué me lo preguntas?

—Porque pienso que Ud. lo habrá aprendido de memoria desde su aeroplano de guerra.

—Tú conocerás mejor esta bella tierra, tan interesante y simpática, verdad?

—No—dijo Fernando—y me apena decirle que nunca me la enseñaron. Pero ahora—continuó entusiasta—sí he de conocerla, gracias a Ud. y a mi nuevo Colegio. Y vea Ud. cómo es de maravillosa, de qué manera tan curiosa se armonizan las desigualdades, para llegar a un fin necesario al hombre que la habita.

Miraron juntos hacia el Valle. Desde la inmensa altura en donde flotaba la pave, las montañas que lo cercan como guardianes se perfilaban claras y ne-

tas, en glorioso rosario de cerros; «Las Palmas», acá; «Santa-Elena» y «Pan de Azúcar», en seguida; «Cuchillón», al frente; toda una serie de levantamientos del terreno, y huellas indelebles de connotaciones prerteritas, falanges formidables de la Orografía de Antioquia, donde la lucha de los elementos debió asumir caracteres espantosos, hasta formar algo así como una inmensa mano estampada en un terreno blando.

Y Fernando dijo:

—Haremos juntos un curso de Geografía sobre el terreno....

JOTA Y EFE

Original para SABADO

## DE LOS LIBROS

—Si el destino quisiera que yo me restableciese, elevaría un monumento en el sitio en que brota esta fuente: la coronaría en memoria del alivio que me procura. Si muero, que se proscriba mi cadáver como se ha proscrito mi persona; que se me niegue un poco de tierra; yo deseo que se me inhume junto a mis antepasados, en la Catedral de Ajaccio, en Córcega. Si no se me permite descansar donde nací, que se me entierre en donde nace esta agua dulce y pura.

NAPOLEON

Y el alegre escudero cogió su viola de dos cuernos y comenzó un largo canto morisco, doliente y durmiente, mientras al paso, sacudiendo la espuma de los frenos, las dos mulas arremetían al través del descampado ardiente. Ni un retoño de tojo seco ni una hoja de pitera en aquel vasto desierto chatoa donde la tierra estallaba toda en hendiduras bajo las pezuñas de las mulas. Largos surcos tortuosos marcaban a veces los riachuelos secos. Y la única nota viva era el zumar de grandes moscardones.

Eça de QUEIROS

Sentado a la ventana, empleo mi ocio en la contemplación. Mientras en mi chimenea se abre un ojo de ciclope que desde hace tiempo permanecía velado por su párpado negro, se fija mi atención en una muda sinfonía: la de las hojas, que desprendidas, en bandadas sin orden, de los árboles que van dejando desnudos, pueblan el suelo y el aire, a la merced del viento. Me interesa, como en una ficción sentimental, en sus aciagas aventuras. Ora se alzan y van en vuelo loco; ora, más al abrigo, ruedan solitarias, breve trecho, y quedan un momento inmóviles, antes de trazar lánguidamente otro surco; ora se acumulan y aprietan como medrosas o ateridas; ya se despedazan y entregan en suicidio a la ráfaga, deshechas en liviano polvo; ya giran sin compás al redor de sí mismas, como poseídas danzantes.... Su suerte varía es pasto de mi fantasía, cosquilleo de mi corazón. Me parecen en ocasiones los despojos volantes de un sacrificio de papeles viejos, con los que se avientan cartas de amores idos y vanidades de la imaginación, obras que no pasaron de su larva. Las imagino después el oropel de una corona destrozada de cómico. Se me figuran otras veces manos exangües y amarillas; manos de moribundo, que buscan vanamente tañer, en una lira que no encuentran, una melodía triste que saben....

José Enrique RODO



La noche va llegando: por Poniente, el cielo se ilumina con suavidades nacaradas. La llanura inmensa, monótona, gris, sombría, está silenciosa; aparecen tras una loma las techumbres negruzcas del poblado. Las estrellas fulguran como anoche y como en toda la eternidad de las noches. Y yo pienso en las palabras que durante estos crepúsculos, en estas llanuras melancólicas, diría el ironista a su amada —palabras simples, palabras vulgares, palabras más grandes que todas las palabras de sus libros.

AZORIN

La música es una especie de lenguaje inarticulado, insondable, que nos conduce al borde de lo infinito y nos permite echarle una momentánea mirada.

CARLILE

Madre, yo te haré una cadena de perlas para tu garganta, con las lágrimas de mi dolor.

Las estrellas forjaron con luz las ajorcas de tus pies; pero mi cadena va a ser para tu pecho.

Riqueza y nombradía vienen de tí, y tú puedes darlas o nó a tu gusto. Pero mi dolor es sólo mío, y cuando te lo ofrezco, tú me pagas con tu gracia.

Rabindranath TAGORE

Cada día la joven y hermosa hija del Sultán daba un paseo por el jardín de su padre; cada día iba y venía al caer de la tarde por cerca de la fuente bullidora....

Cada día el joven y hermoso esclavo comparecía al caer de la tarde cerca de la fuente bullidora...; de día en día iba demacrándose su semblante, tornándose pálido como la muerte.

Una tarde fuese a él con paso acelerado la princesa y le dijo: «Esclavo, quiero saber tu nombre, tu patria y tu tribu!»

Y el esclavo contestó: «Mi nombre es Mohamet, mi patria la tierra de Iemen en la Arabia, mi tribu la tribu de los Asra: de aquellos Asra que cuando aman mueren».

HEINE

## GENTE CONOCIDA



## LA CASA DE TODOS

A un señor muy económico, tan económico que un lunar que tenía en la nuca lo empleaba para bostón del cuello, y tan avaro que no le ponía maíz a las trampas de ratón porque se lo comían, le dijo una mañana uno de sus hijos menores:

—Papa, que a mi mamá que le mande con qué comprar el maicito pa la mazamorra.

Y el viejo, malhumorado, contestó:

—Vaya dígale a su mamá que la haga de claro solo.—LL.

**Entreteneimiento.**—Agrupado en cierta forma los nombres de los países que constituyen la gran familia latina en el mundo, un escritor centro-americano ha enlazado esos nombres, de suerte que con letras suministradas por todos y cada uno de ellos ha compuesto el pensamiento del apostolado a que han consagrado y consagran sus trabajos serios pensadores.

Italia	Santo Domingo
España	HondurasS
Portugal	PerU
Francia	Puerto Rico
Argentina	CUBA
Ecuador	Guatemala
Colombia	Colombia
Venezuela	Paraguay
Panamá	Nicaragua
Bolivia	Chile
Mejico	Uruguay
El Salvador	BraSil

Comprimido

mo mo mo mo  
mo mo mo  
mo mo  
mo

Logogriños

1	Vocal
12	Contracción
34	Nota musical
1234	Letra griega
56	Nota musical
789	Inflección de verbo
123456789	Profesión

Cantares

*Mi madre corre el cerrojo  
de la puerta principal,  
y yo le quito la tranca  
a la puerta del corral.*

*Esta noche vengo tarde  
porque el burro se perdió;  
si sientes pasos de burro  
asómate que soy yo.*

*Voy a ponerme de santo  
encima de aquel altar,  
para saber lo que pides  
cuando vayas a rezar.*

*Cuando querrán Dios del Cielo  
y la Virgen del Pilar,  
que tu ropita y la mía  
vayan juntas a lavar.*

*Cuando querrán Dios del Cielo  
y la Virgen de la Luz,  
que tu ropita y la mía  
las guarde el mismo baúl.—COPLERO.*



# EL DÍA 1.º DE JUNIO PROXIMO

será trasladado el

## ALMACEN BRITANICO

a la Calle de Colombia, Nos. 103-105-107, contiguo  
a la Droguería de Restrepo & Peláez, en donde  
estuvo el Banco Alemán-Antioqueño

Almacén de

ALBERTO Y CARLOS LINCE

Artículos finos para hombre

**Vino espumoso Gancia.** Italiano, finísimo propio para grados, matrimonios etc.

**Vino Tokay Extra.** Tinto, espumoso, aromático, de un delicioso sabor

**Vino Moscato Passito.** El mejor, el más solicitado de los vinos para damas

**Vino Evangelio.** Conocidísimo y fuera de concurso

DRUGUERIA CENTRAL

### TODO MEDELLIN

está convencido de los bajos precios  
a que vendemos.

Almacén A. B. C.

Parque de Berrio. Teléfono 8-1-1

CANUTO TORO M.

ha trasladado su almacén a la Calle de Colombia, local que ocupaba "La Primavera"

VENTAS POR MAYOR Y AL DETAL

Teléfono 2-8-5

Es exclusivamente de contado toda venta al detal.

La Revista "SABADO"

suplica el envío de toda clase de fotografías que puedan ser publicadas en sus páginas, y ofrece pagar las que sean aceptadas por la Junta de Revisión.

## Puntos de venta

permanentes de la Revista  
"SABADO"

Librería Restrepo  
Librería Cano  
La Pluma de Oro  
Imprenta Editorial  
Tipografía Industrial  
Agencia Rendón  
"La Morgan"  
El Correo Liberal  
El Espectador  
El Conservador  
S. de M. P.  
Club Unión  
Moras & Cia.  
La Bastilla  
Chantecier  
El Polo  
Pedro Montoya  
La Costa  
El Vesubio  
Monserrate  
El Tennis  
Café Madrid  
Kioskos F. C. de Antioquia  
Kioskos F. C. de Amagá  
Manuel Isaza  
Farmacia Latina

Valor del ejemplar. \$ 0.15

## PAGO ANTICIPADO

La Revista SABADO no servirá suscripciones sin el pago anticipado de su valor.

Todo suscriptor deberá renovar su abono al terminar el que haya pagado, pues de no hacerlo así, la Administración le suspenderá el envío.

La Empresa está segura de que es la única forma de adquirir vida larga e independiente, y por lo tanto no hará excepción ninguna en este sentido.

SOCIEDAD EDITORIAL LITERARIA

Propietaria de la Revista "SABADO"

Papelería Nacional.—Imprenta Editorial.





## Hechos positivos

Cada día aumenta el crédito de nuestro calzado. Ello se debe a lo siguiente:

**Materiales:** Empleamos únicamente materiales finos, de lo cual se ha ido convenciendo el público mismo.

**Acabado:** Nos esmeramos por presentar cada día mejor la obra, y lo hemos conseguido.

**Precios:** Está probado que los nuestros no admiten competencia.

**Servicio:** Atendemos a nuestra clientela con esmero, y no omitimos esfuerzo para dejarla complacida.

Visite nuestro Almacén, hágase Ud. nuestro cliente, y se convencerá de lo que le decimos.

Cía. de Calzado "Reysol"

Edificio Lalinde, N°. 238

Calle de Colombia.